

Nicolás Alonso

Luces al fin del mundo



El secreto de los chinchorros

Una mañana le parecieron bellas. Pudo ver, detrás del escalofrío original frente a esos cuerpos transfigurados, la mano del artista. La pulcritud en las transiciones, la selección de los colores, la destreza para retirar toda una piel humana sin dañarla y luego volver a enfundarla en su cuerpo. Se preguntó cómo sería el hombre —a veces la brutalidad de su arte lo hacía pensar en un hombre— que había hecho esos trazos magníficos, esas incisiones sobre la carne que hoy nos parecerían salvajes, feroces. Pensó, también, en cómo estas habrían estremecido en 1917 a Friedrich Max Uhle, el arqueólogo alemán que las retiró de sus sepulcros por primera vez y que no parecía haber querido ir muy lejos en la descripción de esos cuerpos, de lo que les habían hecho.

Consideró que esas, las que habían trabajado esos cadáveres y los habían transformado así, no eran manos aficionadas. Claro que no. Habían sido entrenadas en rituales que no podía imaginar, para consumir los pasos —retirar los órganos, cambiar los músculos por el barro negro, tejer la peluca de pelo humano, dibujar el rostro— y para que esa conversión durara milenios. Ya lo sabía él, Bernardo Arriaza, mientras las estudiaba en el Museo de San Miguel de Azapa alguna tarde de 1983: esas momias chinchorro, las de los primeros habitantes costeros del desierto de Atacama, eran las más antiguas creadas por el hombre en toda su historia. Las pruebas de datación llegaban hasta los cinco mil años a.C., dos milenios antes de la civilización egipcia. Pero solo los indígenas del desierto, los profanadores de tumbas y unos pocos científicos en Chile sabían de su existencia.

El azar las había llevado a sus manos inexpertas. Entonces tenía solo veinticuatro años y se encontraba en ese pequeño museo en Arica, buscando alguna forma de ganarse la vida. Tras estudiar unos años de Ingeniería, abandonó la carrera para irse

al norte siguiendo la historia de su padre, un extrabajador salitrero que solía hablarle de la belleza de las noches del desierto. Antes de eso, había pasado su infancia en Coltauco, una localidad rural cerca de Rancagua —que los mapuches llamaban *Klotrawko*, “agua de renacuajos”, por sus pantanos y humedales—, jugando a analizar animales muertos, imaginándose cazador, recolectando fósiles. En Arica lo golpeó la soledad de la tierra yerma, pero se fue fascinando con la idea —que había atraído a antropólogos de todo el mundo— del desierto como un gran cementerio de culturas superpuestas, en donde solo era necesario cavar para desenterrar la historia de todos los hombres. Esa tierra seca, ajena a la vida y enamorada de la muerte, se encargaba del resto: preservar los restos durante milenios.

El joven viajero había conseguido un trabajo como asistente en el museo, con ganas de mirar de cerca todo eso. Lo había recibido Marvin Allison, un paleopatólogo estadounidense de casi dos metros de altura, recién llegado a la región para estudiar las enfermedades de los primeros pueblos del continente. En su laboratorio de antropología física solía colocar sobre su mesón los cuerpos que arrojaba el desierto —momificados naturalmente por su aridez extrema— y se pasaba las tardes haciéndoles autopsias. Bernardo lo observaba abrir esos cuerpos, buscar en ellos secretos de sus vidas. Ya se había transformado en su discípulo, cuando ocurrió uno de esos accidentes que pueden cambiar la vida de una persona: en octubre de 1983, la rotura de una cañería en el Morro de Arica obligó a hacer excavaciones y las máquinas dieron con un viejo cementerio. Entonces aparecieron.

Las cajas, que fueron llegando y ellos abriendo, pronto coparon todo el museo. Adentro traían restos de un pasado perdido: arpones de madera, anzuelos hechos con conchas o espinas de cactus, collares de huesos, chuchillos de cuarzo, esteras, lanzadardos, estatuillas rituales. Y también las traían a ellas: las momias negras y rojas de los hombres que habían tenido todos esos artefactos en sus manos, cuando el mundo era otro.

Para Marvin Allison fue como si el desierto le hubiera hecho un regalo. Pronto comenzó a estudiar esos noventa y seis cuerpos chinchorros como un forense, y a descubrir las enfermedades que

los hicieron agonizar frente al azul del Pacífico. Las cosas que pudo ver le dieron una idea del tipo de pueblo que habían sido: muchos hombres tenían osteomas –tumores óseos de los oídos–, un mal propio de los buzos de agua fría; las mujeres, en cambio, tenían lesiones en las piernas por pasar mucho tiempo en cuclillas, algo común entre las mariscadoras. Otros sufrían de treponematosis, una especie de sífilis no venérea, o de infecciones severas en las piernas. Rara vez vivían más de treinta años, antes de convertirse en momias. Bernardo las sacaba de sus cajas, junto a la arqueóloga Vivien Standen, y las catalogaban según su edad: a un lado las más antiguas, negras y extremadamente modificadas; al otro, las rojas, de una belleza sepulcral. A algunas les habían quitado la piel y luego las habían amortajado con jirones de su propio pellejo.

Lo que fueron mostrando las radiografías, lo que se escondía detrás de la pintura que cubría sus cuerpos y de las máscaras de barro que tapaban sus rostros, los fue dejando absortos.

—A mí no me horrorizaban, me parecían fascinantes... —dice Bernardo Arriaza, de cincuenta y ocho años, sentado en un café de Santiago—. Todos los simbolismos más allá de la muerte: el cuerpo sin órganos, transformado, remodelado, reconstruido. La mano del artista detrás, las transiciones, el color y la forma. Te dabas cuenta de que eran minuciosos, de que había una persona que se había vuelto experta en eso. Un preparador mortuario.

Sobre la mesa tiene su computador, y en él va pasando las fotos de los rostros chinchorros: discos oscuros, resquebrajados por el tiempo, como estatuas de barro de rasgos apenas humanos. Mujeres, hombres, niños, fetos; la expresión es la misma: sus ojos y sus bocas, tres círculos pequeños, parecen recién abiertos, como si la muerte fuera una sorpresa que durara para siempre. Esta mañana acaba de presentar en el Museo Nacional de Historia Natural, junto a Vivien Standen —hoy ambos investigadores de la Universidad de Tarapacá—, una enciclopedia robusta, que reúne veinte investigaciones científicas sobre la cultura chinchorro. La ceremonia, en la que habló frente a autoridades políticas, antropólogos y algunos curiosos, fue como presentar, otra vez, una cultura desconocida. Nunca ha entendido, dice, por qué

Chile no termina de fascinarse con la idea de tener las momias artificiales más antiguas del planeta Tierra.

Otros países sí lo han hecho. A principios de los sesenta, el Museo Real de Copenhague estuvo a punto de quedarse con trece de las momias, extraídas de los alrededores de la localidad de Patillos por el diplomático danés y antropólogo aficionado Ancker Nielsen, pero fueron retenidas a último momento. Bernardo Arriaza, hoy director del Laboratorio de Bioarqueología de la Universidad de Tarapacá, ha asesorado catorce documentales sobre ellas, y el año pasado una productora de cine de Nueva York le pidió permiso para escribir, a partir de sus investigaciones, una película sobre el pueblo chinchorro: los misteriosos hombres del fin del mundo que cambiaban sus cuerpos para enfrentar la muerte.

Las preguntas, en esa cinta estadounidense, serán las mismas de siempre: ¿por qué un grupo de pescadores primitivos, en medio del desierto más extremo del planeta, crearon las técnicas de momificación más inquietantes de la historia humana? ¿Qué terror los impulsó, hace más de siete mil años, a hacerlo? ¿Qué rostro de la muerte habían visto para esperarla así, con sus cuerpos hechos de barro, con huesos de madera, con una piel preparada con jirones humanos y animales? ¿Por qué incluso los fetos, en ese mundo perdido, esperaban la hora final transfigurados?

Luego de tres décadas observando a los chinchorros, Bernardo cree tener algunas respuestas.

—Estudiar el pasado es como un puzle: le vas agregando segmentos, tratas de reconstruirlo, vas interpretando lo que pasó como una escena del crimen. Tienes algunos elementos y haces una hipótesis. Luego se te cae. Y vuelves a atacar esa verdad, pero nunca la agarras del todo. Como un crimen. Bueno, ya sabes quién lo mató, pero ¿por qué lo mató?, ¿qué lo condicionó para que lo hiciera?, ¿cómo podemos estar seguros? Y así sigues...

Las preguntas sobre los chinchorros lo han acompañado toda la vida. Pero la escena del crimen —la llave para descifrar al pue-

blo más enigmático del desierto— ha estado siempre allí, en esas momias que dicen tanto como callan. Las pistas han ido apareciendo de a poco, con el paso de las décadas. Primero en sus años en el Museo de San Miguel de Azapa y, a partir de 1986, en una larga travesía antropológica por Estados Unidos, en donde aprendió técnicas para estudiar esos cuerpos como nadie lo había hecho. En el camino se transformó en doctor en Bioantropología por la Universidad Estatal de Arizona, trabajó una década en la Universidad de Nevada y publicó el libro *Beyond Death: The Chinchorro Mummies of Ancient Chile* —en el que subdividió las momias, según su preparación, en negras, rojas y vendadas, una clasificación hoy esencial—, el primero en su larga lista de publicaciones sobre los primeros momificadores del mundo.

En estos estudios ha continuado el legado del alemán Max Uhle, uno de los fundadores de la arqueología en Sudamérica —y descubridor, en Perú, de las culturas Moche y Nazca—, contratado en 1912 por el gobierno chileno para crear el primer Museo de Etnología y Antropología del país. Consciente de que el desierto era un gran museo natural, Uhle no tardó en viajar al norte para buscar pistas en Calama y Pisagua sobre su principal obsesión: el origen de los pueblos preincaicos. Desenterró miles de artefactos y cadáveres, pero nada tan raro como las once momias de la pampa ariqueña de Chinchorro. Es fácil adivinar, al leer *Los aborígenes de Arica y el hombre americano*, su conferencia en el Instituto Comercial de Arica posterior al hallazgo, el espanto que le debieron causar esos hombres transfigurados. “Muchos detalles de su preparación reflejan el salvajismo en que estaban sumidos estos aborígenes”, dijo ese 26 de noviembre de 1917. Ese día leyó la primera descripción de las momias chinchorro. Muchas de ellas, dijo, tenían el cráneo cortado en dos y, en vez de cerebro, lanas; en vez de tripas, paja y piel de lobo de mar; en vez de huesos, palos de madera. A diferencia de los egipcios, que solo momificaban a sus ilustres, los chinchorros lo hacían con la mayoría de sus muertos, sin importar su lugar en la comunidad. Y lo más inquietante de todo: incluso momificaban los fetos que sus mujeres abortaban.

En esa conferencia, el arqueólogo alemán enumeró lo que había podido deducir de esos hombres. Apenas un chinchorro nacía, su cráneo era atado con cintas, hasta que se deformara. Medían entre 1,30 y 1,60 metros, y se cubrían solo con taparrabos y delantales, o, cuando tenían frío, con pieles de lobo marino. No conocían la agricultura, pero eran pescadores muy sofisticados, diestros con el arpón, los anzuelos y las redes de totora. Al parecer, les temían a los muertos: antes de enterrar a una momia, se aseguraban de quebrar todas sus armas. Hoy sabemos también otras cosas, como que venían del norte y que un primer grupo se asentó en Arica hace al menos nueve mil años. Vivían junto al mar y comían casi exclusivamente de sus riquezas: mariscos, peces, pelícanos, lobos, ballenas. Como no tenían que esforzarse demasiado para mantenerse con vida, puede que hayan tenido más tiempo que otros pueblos primitivos para pensar en la muerte. Esas cosas razonaba Bernardo Arriaza cuando regresó a Chile en 2006, dispuesto a resolver el gran secreto de los chinchorros: por qué decidieron someter sus cuerpos a una transformación tan brutal como refinada. Qué significaba morir para ellos.

La única forma de saberlo, pensó, era volver al punto de origen. Sentarse frente a las momias del Museo de San Miguel de Azapa y observar cada detalle, cada trazo del artista. Si aprendía a mirarlas como lo hizo él, tal vez sus cuerpos comenzarían a hablar.

Si pudiera viajar siete mil años al pasado, y lograra atravesar el severo desierto y llegar hasta el mar, entonces podría verlos. El lugar estaría repleto de gaviotas y de pelícanos, imagina Bernardo. Estaría, también, lleno de chozas y de ellas saldría el olor del pescado asado. Los niños jugarían alrededor de los lobos, en esa playa que en un devenir remoto se llamará Chinchorro, pero que ellos nombran con un vocablo extinto. Los hombres se verían mar adentro, arpón en mano, pescando nuevas presas para la tribu. Las mujeres, agachadas junto a la orilla, estarían recogiendo los mariscos, con sus espaldas llenas de microfracturas que

milenarios después un antropólogo mirará en su laboratorio. En algún momento estallaría un conflicto, un golpe, un muerto. Entonces alguien se llevaría el cadáver –tal vez el artista– para comenzar la preparación, el ritual de la muerte chinchorra.

–El gran aporte de la cultura chinchorro es su complejidad, tratándose solo de pescadores recolectores: la obra mortuoria, la adquisición de elementos para transformar al individuo en un cuerpo artístico –dice Bernardo–. Eso requiere de organización, sentido estético, una estructura social que haga que perdure. Nos muestra inteligencia en un ambiente extremo y una cosmovisión muy sofisticada para una sociedad tan antigua.

El ritual mortuario fue cambiando con los milenios. Cuando el antropólogo comienza a explicarlo –con la solemnidad de quien revela un arte que nadie más conoce–, va marcando paso a paso la transformación sobre su propio cuerpo, con gestos precisos y ceremoniosos, como si él, Bernardo Arriaza, fuera el momificador y también el cadáver. Comienza con una momia negra, las más antiguas del mundo, de al menos cinco mil años a. C.

–Primero remueves la piel y luego los músculos. Algunos huesos están desgastados, así que colocas un madero en cada pierna, por adelante de la columna, y los insertas en el cuello. Tomas fibra vegetal y la amarras a lo largo del cuerpo. Con eso creaste una estructura sólida, un soporte. Luego, le vas colocando las capas de arcilla para darle volumen. Con ella modelas todo el cuerpo y después le empiezas a agregar la piel. La original, la de otros individuos, o también de animales. Así recuperas al individuo. A veces modelas los ojos, a veces no. Le agregas una peluca de cabello negro que sujetas con restos de piel. Una vez que tienes todo eso listo, lo pintas con manganeso, que alguien recolectó en zonas cercanas. Y ya está el cuerpo transformado, reconstruido.

El antropólogo sabe de lo que habla: algunas de esas técnicas las ha realizado él mismo en su laboratorio, con restos de animales.

–La momia roja aparece cerca del dos mil a. C. y es visualmente más atractiva, en ellas hay más del cuerpo del individuo. Lo que haces es eviscerar todo, le haces una escisión y remueves

los órganos, el abdomen, el tórax. Desarticulas la cabeza, secas las cavidades e introduces también los maderos. Entonces haces un relleno y suturas las incisiones con hilos de pelo humano. En el cráneo le colocas un casquete de arcilla, pero el cuerpo lo pintas rojo, con óxido de hierro. Completamente rojo.

Mientras va explicando cada etapa de su tutorial de momificación chinchorro, Bernardo parece transportado a otra época. A una en donde el hombre era otro, y de la que solo nos ha sido heredado ese páramo ajeno al tiempo, el desierto. Y sus momias. La importancia de ellas, cree el antropólogo, está en su trasfondo cultural: en el puente que esos ritos de metamorfosis tienden entre nuestros antepasados y nosotros.

—Yo creo que allí está lo que nos hace humanos: el hecho de emocionarnos frente a la muerte, frente al dolor. Creo que la momificación les ayudaba a cerrar ese ciclo, a apaciguar el dolor social del grupo, a estar en paz. Es el hilo de plata que une pasado y presente, y es la gran historia de siempre: la de unos pasajeros en el tiempo que quieren trascender.

La gran pregunta, sin embargo, sigue estando en las circunstancias: qué gatilló ese rito; por qué motivo los chinchorros decidieron momificar incluso a sus fetos, una práctica de la que no hay indicios en ninguna cultura posterior. Para ese misterio, Bernardo tiene una teoría. Cree que la muerte que enfrentaron los primeros habitantes del Norte Grande fue la misma que enfrentan hoy, la que han enfrentado siempre: el arsénico, esa muerte sin olor ni sabor que corre silenciosamente por el agua del desierto.

Al principio, sus colegas le dijeron que era un disparate. Era el año 2004, el antropólogo estaba pasando una temporada sabática en Las Vegas, cuando una mañana comenzó a revisar unos diarios viejos que le había llevado un conocido desde Chile. Entonces leyó una noticia que abrió de golpe una puerta en su cerebro. Científicos chilenos habían comprobado la relación entre la fuerte presencia de arsénico en el agua a mediados del siglo

xx, en el norte del país, y la gran cantidad de abortos espontáneos. En Antofagasta, la zona sur del desierto de Atacama, el arsénico concentrado de forma natural en los ríos y bebido por décadas en el agua apenas tratada de la ciudad, tenía registros diecisiete veces más altos que el máximo permitido en el mundo. Esa pieza, cree Bernardo, completó la escena del crimen.

—El arsénico genera muchos abortos, niños que nacen muertos. Las momias chinchorro de niños recién nacidos son las más antiguas, en una zona donde había mil microgramos de arsénico en el agua —dice el antropólogo—. Eso hizo que las mamitas tuvieran múltiples abortos. Nace uno, muere; nace otro, muere. Entremedio, sobrevive alguno. Y frente al dolor empiezan a cuidar sus fetos, a pintarlos ornamentalmente: es una respuesta cultural frente a un estrés ambiental que se empieza a expandir.

Esa es su tesis más audaz: que las momificaciones chinchorro fueron la respuesta a una epidemia de fetos muertos, que luego se convirtió en el centro de la cultura del pueblo. En los últimos años se ha dedicado a buscar pruebas para esta teoría. En un artículo publicado en el *Journal of Archaeological Science* demostró la presencia de altísimas concentraciones de arsénico en el pelo y las uñas de las momias, y ha colaborado con los genetistas Mauricio Moraga y Mario Apata, de la Universidad de Chile, quienes comprobaron una resistencia genética al arsénico en los posibles descendientes de los chinchorros, los actuales habitantes del desierto.

En el camino también se ha transformado en un embajador de esa cultura extinta, olvidada en la historia de nuestros pueblos originarios. Lleva años apoyando la recolección de treinta mil firmas para postular a los chinchorros como Patrimonio de la Humanidad, pero aún no ha podido alcanzar la cifra. La idea es generar recursos para conservar los sitios y evitar que las momias, cada vez más afectadas por el aumento de la humedad y los microbios en la zona —causado por el calentamiento global—, se continúen deteriorando. Otra esperanza está en la construcción del Museo de la Cultura Chinchorro, un proyecto de veintiséis mil millones de pesos, incluido en el Plan Especial de Zonas Extremas de 2014 con cuatro años de plazo, que fue aprobado

pero aún no tiene ni una piedra. Las momias, en tanto, siguen esperando.

El sueño de Bernardo Arriaza, sin embargo, es otro. Algún día, dice, le gustaría crear un enorme parque arqueológico a cielo abierto, en Arica o en el pueblo de Camarones, donde se extinguió la última generación de chinchorros. Allí ubicaría a las momias, en medio del desierto que las detuvo en el tiempo, en el lugar donde enfrentaron, transfiguradas, la muerte. Entonces él podría verlo todo. Lo que fue y lo que es. La escena del crimen completa.